



Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía,
Política y Humanidades
ISSN: 1575-6823
ISSN: 2340-2199
hermosa@us.es
Universidad de Sevilla
España

Semblanzas revolucionarias de la izquierda peruana: Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Alan García y Sendero Luminoso¹

Ríos Sierra, Jerónimo

Semblanzas revolucionarias de la izquierda peruana: Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Alan García y Sendero Luminoso¹

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, vol. 22, núm. 43, 2020
Universidad de Sevilla, España

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28268060017>




Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Semblanzas revolucionarias de la izquierda peruana: Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Alan García y Sendero Luminoso¹

Revolutionary portraits of the Peruvian left: Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Alan García and Shining Path

Jerónimo Ríos Sierra 2. jeronimo.rios@ucm.es

Universidad Complutense de Madrid, España

 <https://orcid.org/0000-0003-3574-0116>

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, vol. 22, núm. 43, 2020

Universidad de Sevilla, España

Recepción: 17 Septiembre 2019
Aprobación: 10 Enero 2020

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28268060017>

Resumen: El siguiente trabajo reflexiona y relaciona algunas de las semblanzas más destacadas de la izquierda peruana con respecto de la idea de revolución. Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui representan uno de los debates intelectuales más importantes del primer tercio del pasado siglo XX. Al respecto, ideas como nacionalismo o marxismo, y cuestiones como el sujeto revolucionario o la táctica y estrategia a seguir, concentran dos formas diferentes de entender y superar la situación social y política del Perú de 1930. Nada que ver, Alan García instrumentaliza la sombra alargada de Haya de la Torre y del APRA, para buscar obtener un caudal político y un rédito electoral que le permiten ser presidente hasta en dos ocasiones. De otra parte, Sendero Luminoso evoca la senda de Mariátegui para enarbolar la bandera de la revolución violenta si bien, en realidad, sus fundamentos ideológicos son más maoístas y leninistas, con una impronta propia del sentido de la violencia, y muy alejados del constructo teórico de quien fundara el Partido Comunista del Perú.

Palabras clave: Haya de la Torre, Mariátegui, Alan García, Sendero Luminoso, revolución, Perú.

Abstract: The following work addresses some of the most outstanding portraits of the Peruvian left with the idea of revolution. Haya de la Torre and José Carlos Mariátegui represent one of the most important intellectual debates of the first third of the last 20th century. In this regard, ideas such as nationalism or Marxism, and issues such as the revolutionary subject or the tactic and strategy to follow, concentrate two different ways of understanding and overcoming the social and political situation of Peru in 1930. In the opposite sense, Alan García instrumentalizes the long shadow of Haya de la Torre and APRA, to seek to obtain a political return and an electoral vote that allows him to be president up to two times. On the other hand, the Shining Path evokes the path of Mariátegui to justify the violent revolution, although its ideological foundations are more Maoist and Leninist. The aforementioned, with its own imprint of the sense of violence, and far removed from the theoretical construct of the founder of the Communist Party of Peru

Keywords: Haya de la Torre, Mariátegui, Alan García, Shining Path, Revolution, Peru.

1. Introducción

Este año 2020 se cumplen cuarenta años del retorno de la democracia a Perú y por ello las líneas de este trabajo reflexionan sobre distintas figuras que, desde la izquierda, y con una suerte muy dispar, han influido en

el proceso de consolidación democrática –no exento de dificultades y sobresaltos– que comienza en 1980.

Las figuras escogidas para una reflexión que se presenta casi a modo de semblanzas entrecruzadas son Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), José Carlos Mariátegui (1894-1939), Alan García (1949-2019) y los dirigentes del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL), Abimael Guzmán (1934-), Augusta La Torre (1946-1988) y Elena Iparraguirre (1947-). Los dos primeros representan son referencias obligatorias para cualquier ejercicio reflexivo sobre el pensamiento político peruano de la primera mitad del siglo XX. Haya de la Torre se erige como uno de los ideólogos más influyentes del continente, en tanto que fue fundador del proyecto antimperialista de la Alianza Popular Revolucionaria (APRA). De largo, una de las fuerzas políticas, primero como movimiento, y después como partido, más influyentes en Perú y América Latina, a partir de los años treinta. Coetáneo a éste destaca el pensador marxista, muy probablemente, más importante de América Latina: José Carlos Mariátegui. Fundador del Partido Comunista del Perú (PCP) en 1928, y conocedor de primera mano de la experiencia comunista de Italia. Algo patente por la influencia de Antonio Gramsci y su forma de entender la transformación social del Estado y el sentido de la revolución.

Con una gran distancia intelectual frente a los dos primeros está Alan García, sucesor de Haya de la Torre al frente del APRA tras su muerte. Su figura política quedó muy desdibujada, pues rápidamente se deshizo de la influencia ideológica de su mentor. Lo anterior, bajo un primer Ejecutivo (1985-1990) cargado de desgobierno y afectación negativa a las capas populares que representaban su principal caudal político; y después, en un segundo mandato presidencial (2006-2011) caracterizado por el viraje neoliberal y el marcado pragmatismo.

Finalmente, quedaría la cúpula dirigente del PCP-SL, en donde destaca primeramente la figura de Abimael Guzmán, “Camarada Gonzalo”. Un profesor de filosofía, de profundas convicciones maoístas, que desde inicios de los sesenta construye las bases teóricas y sociales de lo que, desde 1970, será Sendero Luminoso³. Su liderazgo hacia el interior de este grupo armado será desarrollado con el apoyo de sus dos esposas, ambas, lugartenientes de “Gonzalo” al frente del PCP-SL. Primero, Augusta La Torre, “Camarada Norah”, y después Elena Iparraguirre, “Camarada Miriam”. Sendero Luminoso se trata de la máxima representación de la violencia en la izquierda revolucionaria peruana y del grupo armado más importante de la historia política de Perú –así como uno de los más beligerantes de todo América Latina– al ser responsable directo, según la misma Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR, 2003), del 55% del total de más 69.000 muertes reconocidas en el marco del conflicto armado peruano.

2. Haya de la Torre y el APRA

Oriundo de Trujillo, Haya de la Torre nace en el seno de una familia acomodada, lo que le permite recibir una educación marcada por el sacerdocio francés, muy próximo a las elites locales, y presente en algunos de los creadores del APRA, y que igualmente comparten la misma formación religiosa y liberal (Cándela, 2008). Su experiencia universitaria inicia en la Universidad Nacional de Trujillo, con una formación en Letras, que se completa en la Universidad Mayor de San Marcos, en donde estudia Derecho.

Los años de Lima son años en los que se aprecia su marcado activismo estudiantil, influido por la realidad argentina, y de donde se inspiran algunos de los primeros proyectos de Haya de la Torre, tal y como es la creación de la Universidad Popular “González Prada”⁴. Lo importante de esta iniciativa, además de su aporte e impacto en las clases trabajadoras peruanas, le permite tener contacto con numerosos dirigentes sindicalistas y experimentar de primera mano el alcance y significado de algunas reivindicaciones de primer orden como, entre otras, la jornada laboral de ocho horas.

En 1922 promueve la creación de una segunda Universidad Popular, en este caso, la “Victorino Lastarria” en Chile. Fruto de su oposición al gobierno de Augusto Leguía es desterrado un año después, en 1923, si bien esto le abre la posibilidad de conocer diferentes países de la región y, a la par, impulsar el proyecto de las universidades populares, experimentando con ello el auge de diferentes movimientos estudiantiles⁵.

Durante todo este tiempo, se va gestando en Haya de la Torre una posición firmemente antimperialista, en tanto que reconoce que el imperialismo, tiene como fase superior el capitalismo y es la razón de ser de todos los males de América Latina, tal y como se plantea en *Teoría y táctica del aprismo* (1931). Inexorablemente, esto conduce a una necesidad urgente de enfrentar el papel protagónico y destabilizador que tiene Estados Unidos sobre el continente, lo que demanda la construcción de un frente único de masas que, consciente de su condición subalterna, revierta una realidad de profunda dominación.

Tres años después, en 1927, con motivo de una estancia en París, Haya crea el Centro de Estudios Antimperialistas, alimentado en una oposición frontal a la línea definitoria de la III Internacional Comunista, producto de su admiración hacia el *Kuomintang* chino. Esto, habida cuenta de su propósito por crear “un organismo revolucionario que arraigara en la conciencia de las masas” tal y como sucedía con el partido nacionalista dirigido por Sun Yat-sen y Chiang Kai-shek (Haya de la Torre, 1977: 137).

Lo cierto es que su caudal político gana enteros cuando consigue presentarse como candidato presidencial en 1931, si bien termina las elecciones en segundo lugar, tras Luis Miguel Sánchez Cerro. Ni Haya ni el aprismo aceptan el resultado electoral, y la oposición política resultante se resuelve cuando Sánchez Cerro, al frente de Unión Revolucionaria, pone en marcha un gobierno represivo que conduce al arresto del

dirigente aprista. La tensión política acumulada termina escalando hasta desembocar en la conocida como revolución de Trujillo, de 1932, y cuyo resultado más notorio es la ilegalización del APRA.

En abril de 1933 el presidente peruano es asesinado, y el gobierno que le sucede, con el General Óscar Benavides al frente, comienza su andadura con ciertas muestras de aperturismo que favorecen la puesta en libertad de Haya de la Torre. Sin embargo, este retorno de aparente normalización rápidamente desaparece cuando a finales de 1934 sale a la luz un nuevo intento golpista del APRA. Una situación que obliga a Haya de la Torre a recluirse a la clandestinidad y el posterior exilio hasta 1945, que es cuando el partido vuelve a ser legalizado y se integra en el Frente Democrático Nacional.

Este Frente resulta victorioso en las elecciones, pero lo hace con graves disensos internos, especialmente por un APRA que dirige el Legislativo y un Ejecutivo cada vez más escorado a la oposición, bajo el mando de José Luis Bustamante y Rivero. Esta situación se torna insostenible con el paso de los meses y alimenta un nuevo golpe de estado, en esta ocasión, protagonizado por Manuel Odría, y que provoca que Haya de la Torre deba refugiarse en la embajada de Colombia, entre 1949 y 1954.

Dos años después, en 1956, regresa a Perú como candidato presidencial, pero su figura política es impedida por el Ejército, lo que hace que pierda sus votos en favor de Manuel Prado, referente de la elite limeña y favorable a la conformación de un régimen tan autoritario como oligárquico. Nuevamente, en 1962, Haya de la Torre se presenta a las elecciones presidenciales peruanas, aunque lo hace bajo el partido Alianza Democrática. En esta ocasión obtiene el mejor resultado electoral, venciendo a su principal contrincante, Fernando Belaúnde Terry, aunque un enésimo golpe de estado obliga a Haya de la Torre a abandonar el poder y a que se produzcan elecciones que, en 1963, vencería el mismo Belaúnde.

Serán años de gran ingobernabilidad política y crisis económica y del petróleo, a lo que se suman no menos devaluaciones y fluctuaciones monetarias que motivan un golpe en 1968. Resultado de éste, se alza con el poder Juan Velasco Alvarado, iniciando lo que se conoce como el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Así, Velasco Alvarado impulsará distintas reformas que el aprismo había abanderado desde 1930, tal y como sucede con la reforma agraria, la nacionalización de los recursos mineros del país o la nacionalización de la Banca Nacional. Igualmente, Haya de la Torre aprovechará para tratar de encabezar el retorno de la democracia, de manera que, en las elecciones de 1978, el APRA obtiene su primera mayoría y Haya de la Torre es elegido diputado y presidente de la emergente Asamblea Constituyente. Una condición que durará poco tiempo, pues el 6 de marzo de 1979 se ve obligado a renunciar por motivos de salud, y si bien firma la Constitución del 12 de julio de 1979, fallece a la edad de 84 años, tan solo unas semanas después.

En el pensamiento político de Haya de la Torre se pone de manifiesto, antes que nada, su experiencia con las prácticas totalitarias de los años veinte y treinta, a la vez que su toma de contacto con las democracias nórdicas. Igualmente, en el plano latinoamericano, destaca su experiencia

con la revolución mexicana de 1910, y años más tardes, con la estudiantil de Córdoba de 1923. Algo que reconoce el mismo fundador del APRA cuando señala cómo:

“ambos acontecimientos dieron inicio a la emancipación de América del coloniaje mental de Europa, promoviendo, de un lado, la independencia intelectual, y de otro, la independencia económica. Así, la reforma universitaria es saludada como signo de repulsa al dogmatismo, y la revolución mejicana como épico preludio de la revolución anti-imperialista” (Haya de la Torre ([1928]1989: 156).

En lo que respecta a sus principales influencias, primero que todo, destaca el nombre de Luis Alberto Sánchez (1900-1994), prestigioso intelectual aprista que llegó a ser número dos en las elecciones constituyentes peruanas de 1979 –detrás de Haya de la Torre– y que mantuvo importantes diferencias con el APRA, producto de su crítica a entender la violencia antimperalista como la única vía para llegar al poder popular. Un segundo nombre sería el del escritor César Vallejo (1892-1938), con quien coincide en su adolescencia en la Universidad de Trujillo, y con quien comparte colaboraciones puntuales en periódicos locales además de discusiones literarias sobre la figura de Rubén Darío. Por último, cabe reseñar a Manuel González Prada (1844-1918), escritor y ensayista que conoce de primera mano la Guerra del Pacífico (1879-1883), pero también la movilización social europea de finales del siglo XIX. Éste se trata de una referencia obligada de la intelectualidad peruana de la época – incluyendo los inicios del siglo XX– y muy particularmente de Haya de la Torre y Mariátegui, dada su convicción respecto a la responsabilidad de formar, *lato sensu*, a las clases trabajadoras.

Como es de esperar, y en relación con todo lo anterior, el pensamiento político de Haya de la Torre va evolucionando. A finales de la primera década del siglo XX es posible observar una relación *problematicadora* con el campesinado indígena, advirtiéndose preocupaciones tales como la libertad de conciencia o la autonomía universitaria. Ya en la década de los años veinte, y hasta 1933, es cuando resulta más notoria su impronta indoamericanista e internacionalista. Ésta quedará moderada a partir de los años cuarenta ⁶, cuando las consecuencias del nazismo y del comunismo, pero también las políticas intervencionistas del *New Deal*, le llevan a matizar su inicial mirada hacia Estados Unidos:

“tengo que reconocer ahora que, con la madurez de la vida, he cambiado mi punto de vista sobre la convivencia. No la entendí cuando era joven; ahora creo que, después que el APRA estuvo fuera de la ley, fue una suerte de primavera democrática que permitió el surgimiento y legalización del aprismo y de todos los movimientos de izquierda en el Perú, el social progresismo entre ellos” (Haya de la Torre ([1928]1989: 65).

En lo que tiene que ver con el marxismo, y aun cuando el APRA surge con posterioridad a un viaje de Haya de la Torre a la Unión Soviética, lo cierto es que se aprecia una notable distancia con el marxismo, ya en la segunda mitad de los años veinte. Haya es un firme convencido de que el sueño de la revolución social pasa por un frente

único internacional de “trabajadores manuales e intelectuales obreros, estudiantes, campesinos, intelectuales... con un programa común de acción política” (Manrique, 2002: 67). Es decir, si bien es innegable una influencia y una proximidad con Mariátegui –quizá patente en algunas de sus primeras apariciones en *Amauta*– no se puede decir que ello se traduzca en una identificación directa con el marxismo. Lo anterior, dado que la prioridad para el fundador del APRA es conformar un movimiento indoamericano autónomo, sin intervención extranjera, bajo una doctrina nueva y organizado en torno a cinco principios rectores, que le alejan del marxismo que propone Mariátegui:

“En primer lugar la acción contra el imperialismo yanqui; segundo, la unidad política de América Latina; tercero, la nacionalización de tierras e industrias; cuarto, la internacionalización del Canal de Panamá y finalmente, la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo” (Roca, 2010: 25).

Sea como fuere, y aun cuando su evolución madura y moderada se hace patente desde 1940, es también cierto que cuando fallece Haya de la Torre, en 1979, muere también cualquier atisbo del espíritu fundacional del APRA. Alan García tratará de conferir continuidad a ello si bien, como se dará cuenta con posterioridad, su liderazgo conducirá al partido y al sentido de la izquierda democrática peruana por unos derroteros bien distintos.

3. José Carlos Mariátegui frente a Haya de la Torre

Resulta imposible entender el constructo teórico de Haya de la Torre sin atender el debate intelectual y revolucionario, que mantiene con su gran contradictor desde el marxismo más ortodoxo: José Carlos Mariátegui. Fundador del PCP, como se apuntaba con anterioridad, Mariátegui es uno de los grandes referentes del marxismo latinoamericano y con sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), polemiza frontalmente con el nacionalismo propuesto por Haya de la Torre.

La obra de Mariátegui es el culmen del marxismo peruano, y resulta de una serie de ensayos que va publicando en las revistas *Amauta*⁷ y *Mundial*⁸. Allí reflexiona sobre aspectos que lastran la realidad social peruana, especialmente, por la imbricación de un feudalismo y un colonialismo que debe alimentar una respuesta rupturista, a partir de configurar lo que el propio Mariátegui define como “socialismo peruano”.

A lo largo de su obra, como se aprecia en los *Siete ensayos* pero también en la selección de textos de *La tarea americana*, Mariátegui se centra en elementos muy particulares, como son la cuestión del indio, la falta de mecanismos para acceder a la propiedad de la tierra, la impronta centralista y caudillista que rige en Perú, el modelo económico burgués o la relevancia del factor religioso. Aspectos que hacen de éste el primer análisis marxista, *stricto sensu*, producido desde América Latina, si bien con una particularidad: adaptar la crítica al modo de producción marxista propio de la realidad peruana del momento (Astorga, 2005).

En Mariátegui es posible identificar elementos de impronta leninista como el concepto de coyuntura. Es decir, la necesidad de partir de un análisis puntual con respecto a coordenadas espacio-temporales específicas donde se ha de circunscribir el instrumento revolucionario con vistas a la toma del poder político. Una precisión que, entre otras cuestiones, le conduce a colisionar con la lectura en clave nacionalista que propone Haya de la Torre. Aunque en el epígrafe anterior se daba buena cuenta de cómo se produce el APRA, conviene no perder de vista cómo Mariátegui concibe, en paralelo, la necesidad de constituir un partido comunista para Perú. Como apunta Nicolas Allen, Mariátegui conoce de primera mano la experiencia de los consejos de fábricas en Turín, entre 1919 y 1920, y un año después, está en Livorno cuando se constituye el Partido Comunista Italiano⁹.

La experiencia de vida con el obrerismo italiano se encuentra presente en *La crisis mundial y el proletariado peruano*, que es una conferencia impartida el 15 de junio de 1923 y que se publicará, a título póstumo, en el número 30 de *Amauta*. En ella, las palabras de Mariátegui resultan más que evidentes, apreciándose una influencia notoria de Antonio Gramsci:

“El capitalismo no puede hacer concesiones al socialismo. A los Estados europeos para reconstruirse les precisa un régimen de rigurosa economía fiscal, el aumento de las horas de trabajo, la disminución de los salarios, en una palabra, el restablecimiento de conceptos y de métodos económicos abolidos en homenaje a la voluntad proletaria. El proletariado no puede, lógicamente consentir este retroceso. No puede ni quiere consentirle (...) El capitalismo no puede más y el socialismo no puede todavía (...) La historia nos enseña que todo nuevo estado social se ha formado sobre las ruinas del estado social precedente. Y qua entre el surgimiento del uno y el derrumbamiento del otro ha habido, lógicamente, un período intermedio de crisis” (Mariátegui, 1923, s.p.).

Un segundo documento que ilustra a la perfección algunas de las cuestiones que distancian a Mariátegui de Haya de la Torre se recoge en “El 1º de mayo y el Frente Único”, publicado en *El obrero textil*, en mayo de 1924. En este trabajo Mariátegui se presenta como un firme defensor de la internacionalización, pero, nuevamente, no en los términos apristas. Es decir, para el pensador marxista, de lo que se trata es de internacionalizar la revolución comunista, la cual es cuestión de tiempo, pero siempre reivindicando la posición del indio no desde la *indigenización* del discurso, lo que es más propio de Haya de la Torre, sino inscribiendo a aquél como sujeto social y política nuclear en la revolución proletaria peruana:

“Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena (...) El frente único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El programa del frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía” (Mariátegui, 1932, s.p.).

A pesar de que la relación entre Haya de la Torre y Mariátegui, no exenta de tensiones, se mantiene durante los primeros años de vida de la creación de *Amauta*, hacia 1928 se rompe, siendo el punto de inflexión

el deseo del fundador del APRA por transformar lo que inicialmente era concebido como un movimiento continental latinoamericano, en un partido político. De esto da *Amauta*, con un artículo titulado “Aniversario y Balance”, en donde se refiere al APRA de una forma claramente crítica: buena cuenta Mariátegui en el número 17 de

“En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. En nuestra bandera, inscribimos está sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista, pequeño burgués y demagógico). (...) La revolución latino-americana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: “antiimperialista”, “agrarista”, “nacionalista-revolucionaria”. El socialismo lo supone, lo antecede, los abarca a todos” (Mariátegui, 1928, s.p).

Lo anterior continuará con la creación, por parte del propio Mariátegui, del Partido Comunista Peruano, el 8 de octubre de 1928, y del que se erige como referente único. Mariátegui se desmarca completamente del APRA, por entender que existe una desavenencia de fondo que resulta irreconciliable, pues el APRA no sirve como instrumento táctico para el propósito revolucionario que propone Haya de la Torre. Dicho de otro modo, al convertirse en partido, el APRA se transforma en sí mismo como un fin, lo cual rompe la lógica táctica-estrategia por la que Mariátegui siempre confirió al APRA un único sentido instrumental frente a algo que es en sí omniabarcante: la revolución proletaria. Aquí se observa especialmente la influencia del Trotsky de las *Lecciones de Octubre*, y muy particularmente del pensamiento de Lenin en ¿Qué hacer? o *El Estado y la revolución*. Esto es, la convicción firme de que la táctica, en todo momento, ha de plegarse a la estrategia.

Aunque para Haya de la Torre la principal urgencia teórica es la lucha anti-imperialista, ésta se concibe de manera autónoma con respecto al marxismo ortodoxo. Es decir, el pensamiento producido por Marx se desarrolla desde una realidad estrictamente europea, que no es extrapolable a la situación de Perú –lo que abunda en la noción de *excepcionalismo* latinoamericano. Algo que fundamenta por qué mientras para Lenin el imperialismo es la representación última del capitalismo, para Haya de la Torre, es precisamente lo contrario (Löwy, 2007).

La razón de ser de la lucha revolucionaria para el APRA, primero que todo, ha de ser anti-feudal. Únicamente liberando a los pueblos subyugados de América Latina resulta posible *resignificar* América Latina desde y hacia la unidad. Al interior de los Estados esto implica abogar por un frente inter-clasista que aúne pequeños burgueses, trabajadores y campesinos, pues la lucha es antes feudal que estrictamente contra el capitalismo. Esta cuestión, nada baladí, colisiona con el postulado opuesto de Mariátegui. Éste, revolucionario en esencia, niega cualquier vía dialéctica que no pase por el marxismo ortodoxo, integrando la interpretación leninista del imperialismo y, por extensión, la condición colonial, antes que feudal, de Perú.

De esta forma, Mariátegui concibe la necesidad de construir un partido revolucionario, de base proletaria, lo cual no puede ser materializado en la idea que propone Haya de la Torre a través del APRA. De hecho, al respecto, son contundentes algunas de sus palabras en la Carta colectiva del Grupo de Lima, de junio de 1929, en donde reconoce lo siguiente:

“(...) el APRA debe ser, o es de hecho, una alianza, un frente único y no un partido. Un programa de acción común e inmediata no suprime las diferencias ni los matices de clase y de doctrina. (...) Como socialistas podemos colaborar dentro del APRA o Alianza, o frente único (...) y contra la penetración imperialista; pero no podemos en virtud del sentido mismo de nuestra cooperación, entender el APRA como partido, esto es, como una fracción orgánica y doctrinariamente homogénea” (Carta Colectiva del Grupo de Lima) (Mariátegui, en Quijano, 2007: 54).

Tal y como señala el propio Mariátegui en estas dos misivas, su crítica al APRA se inscribe en el debate planteado anteriormente de la III Internacional Comunista, en tanto que en él se discute, como se señalaba anteriormente, sobre el fracaso de la primera revolución en China que termina siendo sofocada por Chiang Kai-Shek, al frente del Partido Nacionalista Chino. De hecho, Mariátegui tilda al APRA de “*Kuomintang* latinoamericano” y enaltece la autonomía del marxismo revolucionario frente a la impronta nacionalista que propone Haya. Esto, en tanto que el marxismo es fiel a una interpretación económica y social de la lucha contra el imperialismo –en los términos de Lenin– y no al revés. Es decir, no se trata de asumir la condición de ser progresista por el mero hecho de ser anti-imperialista. Todo lo contrario, se es anti-imperialista, arguye Mariátegui, porque precisamente se es marxista y revolucionario.

En conclusión, este prolijo debate intelectual entre Mariátegui y Haya de la Torre implica, aun con todo, una de las discusiones más profundas que se hacen en el continente durante los primeros compases del siglo XX latinoamericano. El primero, por revolucionario convencido que aboga por un sentido ofensivo que, décadas después, *resignificará* y desvirtuará Abimael Guzmán al frente de Sendero Luminoso. El segundo, en la medida que entiende la matriz nacional es la única fuerza emancipadora capaz de articular fuerzas más allá de un marxismo al que interpreta como parte de un todo. En cualquier caso, dos figuras que de un modo u otro, influirán en buena parte del discursar político de la izquierda peruana durante buena parte del siglo XX.

4. Alan García: el APRA después de Haya de la Torre

Haya de la Torre muere en 1979 y ese hecho conduce a una profunda crisis de liderazgo, dentro de un contexto muy particular, en el APRA. Su discurso, en cierta manera, parecía sacado de una época que quedaba lejana en el tiempo, y a su vez resultaba atado al personalismo y carisma de su líder y fundador. El componente marxista de partida, opacado por el nacionalismo revolucionario, más propio de los años treinta y cuarenta, paulatinamente fue quedando superado por un acentuado sentido del pragmatismo. Así, desde mediados del siglo XX se integra dentro de la

praxis aprista la normalización de las relaciones con Estados Unidos, así como el reconocimiento e interlocución con los partidos tradicionales peruanos

Es importante señalar que la muerte de Haya de la Torre se produce igualmente al final de doce años de gobiernos militares que depusieron al presidente democrático, Fernando Belaúnde Terry, en 1968. Durante este tiempo, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, dirigido inicialmente por Juan Velasco Alvarado y continuado, a partir de 1975, por Francisco Morales Bermúdez, impulsan medidas que despolitizan algunas de las banderas que durante mucho tiempo reivindicó el APRA, y que obliga en cierto modo a una reorientación de su discurso (Carrillo y Cuño, 2018).

Sea como fuere, en este momento de cambio comienza a ganar fuerza un joven Alan García, que en 1982, con apenas 33 años, asume la secretaría general del APRA y se consagra como el sucesor de Haya de la Torre. Esta renovación del liderazgo, al interior del partido, se acompañaba de un importante giro ideológico, pues se acuña la defensa de la socialdemocracia como *leitmotiv* y, por ejemplo, en el marco de las relaciones políticas, gana importancia la proximidad, entre otros, con el presidente socialista español, Felipe González.

El auge de Alan García ayuda al descrédito de Fernando Belaúnde, quien bajo su mandato político, una vez retornada la democracia a Perú, se suceden los casos más flagrantes de violencia política. Esto es, el auge de Sendero Luminoso, la aparición del MRTA y los primeros y notorios casos de terrorismo de Estado y desapariciones forzadas, especialmente, en torno a Ayacucho (Ríos, 2019). A lo anterior hay que añadir también el impacto de la crisis de la deuda de los ochenta que, si bien se desarrolla en clave latinoamericana, deja consigo un especial impacto en la economía peruana. En conjunto, esta coyuntura ofrece una ventana de oportunidad política para Alan García, quien en la campaña de 1985 enarbola la bandera del cambio social y obtiene la presidencia del Gobierno con una mayoría absoluta, extensible al Legislativo.

El gobierno aprista, más de medio siglo después de su fundación, comienza su andadura con un efecto “luna de miel” que favorece su desempeño, aunque no exento de conflicto. El Ejecutivo decide limitar de forma unilateral el pago de la deuda y, a la par, poner en marcha medidas de estímulo a la demanda con un severo control de precios. De esta forma, se busca incidir positivamente en el poder adquisitivo, expandir el gasto público y contener la inflación (Schydrowsky, 1989). Así, durante los dos primeros años, el saldo del gobierno es favorable y permite a García dirigir su discurso, ahora sí, de forma enfática hacia la retórica antimperialista, clave en los fundamentos ideológicos del APRA. Lo anterior, sobre la base de un optimismo que albergaba una transformación profunda de la realidad social peruana.

A su vez, se interviene sobre la variable de la violencia política, tratando de contener la dimensión estructural de ésta en los lugares más golpeados por la presencia de Sendero Luminoso, y a la vez que se promueve, como medida fundamental, el control civil sobre las Fuerzas Armadas.

No obstante, la realidad es que su presidencia termina sobrepasada tanto por la cuestión económica como por las alteraciones abruptas al orden público.

A partir de 1987 hay un punto de inflexión en el devenir de su gobierno. La política de estímulos rápidamente alimenta la inflación. Frente a esto, si la respuesta esperada era mayor inversión y un enfriamiento de la economía, se opta por estatizar la banca, generando un intervencionismo feroz que rápidamente se transforma en conflicto. Diferentes sectores empresariales se distancian de la gestión de García y la inversión privada se desploma. Así, desde 1987, Perú entra en una marcada recesión (Llosa y Panizza, 2015). Una realidad que contrastaba con un gasto público que se mantuvo bajo lógicas expansivas y que desencadenó en el problema de hiperinflación, a partir de 1988 –lo cual ya había sucedido en Argentina, Brasil o Bolivia–.

En lo que respecta al conflicto armado, el terrorismo de Estado y, particularmente, situaciones como “la matanza de los penales”¹⁰ terminan lastrando una popularidad que se desdibuja por la transgresión de los Derechos Humanos y los excesos de la política antisubversiva. A ello hay que sumar la intensificación del activismo senderista en Lima, resultante del cambio de estrategia que proyecta la confrontación en el espacio urbano (Ríos y Sánchez, 2018; Ríos, 2020). Tanto se devalúa la imagen del APRA, que ni siquiera pasa a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 1990. Unas elecciones que, además, terminan resolviéndose del lado de un *outsider* como era Alberto Fujimori, que se impone al candidato, inicialmente, de impronta más conservadora como era Mario Vargas Llosa.

La década ominosa que representa el fujimorismo en Perú coincide con el ostracismo de un APRA que se convierte en una fuerza política irrelevante, cuyo capital electoral, a lo largo de los dos mandatos de Alberto Fujimori, se encuentra en torno al 5%. Sin embargo, la caída de su gobierno y el “retorno de la democracia” dejan consigo la vuelta al país de Alan García. Este acontecimiento es fundamental en la revitalización de un APRA que, nuevamente, con el expresidente al frente, se erige en segunda fuerza en unas elecciones de 2001 que gana Alejandro Toledo.

En buena medida, lo anterior se debe a que García sigue enarbolando la bandera de la transformación social peruana a la vez que reconoce los errores del pasado. Asimismo, frente a un regionalismo abierto que empezaba a dejar consigo una importante afectación en la cohesión social de América Latina, comienzan a sentarse las bases de un giro a la izquierda que, en pocos años, comprendería a casi toda la región, y que pareciera que García personifica – nada más lejos de la realidad– para el caso de Perú.

El APRA en ese momento ocupa mayormente el espacio político de izquierdas frente al resto de fuerzas políticas. Sin embargo, esta circunstancia cambia cuando García llega por segunda vez a la presidencia, en el año 2006. Rápidamente, sus políticas rompen con lo esperado y resultan más propias de un gobierno conservador, lo que le deja importantes críticas y cuestionamientos. Algunos autores, consideran que lo anterior se debe a tres razones en particular: las nuevas características

del sistema de partidos, la lógica de coaliciones que tiene lugar en 2006 y la debilidad intrínseca del APRA (Tanaka, 2008).

De esta manera, las particularidades de las elecciones de 2006 dejan consigo el ascenso de Ollanta Humala, al frente de Unión por el Perú -UPP, la cual llega incluso a ganar la primera vuelta, capitalizando el notable voto de descontento. La situación expuesta obliga a García a ocupar el centro ideológico, como bien da cuenta su lema de campaña, “Por un cambio responsable”. El escaso margen de poco más de 60.000 votos con el que el APRA logra pasar a segunda vuelta le llevan a tener que pactar con el conservadurismo peruano, articulado en torno a la candidatura de Lourdes Flores. Su estrategia finalmente dio resultado y le permitió ganar las elecciones, tuvo una dificultad añadida: la condición de minoría parlamentaria en el Congreso frente a terceras fuerzas políticas (36 congresistas sobre un total de 120).

El ciclo expansivo que acompañó desde 2006 a la economía peruana llevó a García a mantener un perfil claramente conservador, cercano a la banca, al sector privado y a las Fuerzas Militares, lo que, de paso, alejó los fantasmas del desgobierno de su primer mandato. Además, este segundo mandato quedó caracterizado por el impulso de la desregulación y el abandono de su impronta social, lo que se tradujo en una pérdida paulatina de popularidad. Un factor que puede explicar, precisamente, la desnaturalización del APRA como estructura partidista y a lo que se añade una doble condición. De un lado, su vinculación personalista en torno a la figura de Alan García. Es decir, el mismo error que décadas atrás se desarrolló alrededor de la figura de Haya de la Torre. Por otro, si entonces el problema era la extemporaneidad de su discurso, en esta ocasión era el pragmatismo imperante, que llevó al partido a abrazar extremos ideológicos impensables tiempo atrás. Dicho pragmatismo terminó desdibujando al APRA tras la segunda presidencia de Alan García, fruto de una senda de gobierno ortodoxa, sin impronta reformista y cada vez más alejado de sus bases populares de apoyo.

Quizá, todo en su conjunto ayude a explicar cómo desde 2011, el partido se ha convertido cada vez más en una fuerza testimonial de la política peruana. Azotado por la ausencia de figuras políticas relevantes y un programa de partido lastrado por su ambivalencia y el descrédito de García –quién en abril de 2019 se suicidó al ser investigado por un caso de corrupción–, conducen al APRA a su situación marginal actual en el contexto político de Perú. De esto dan buena cuenta los últimos resultados electorales en los comicios legislativos, los cuales han dejado consigo los peores resultados en décadas para el partido, con 4 congresistas (sobre 130) en las elecciones legislativas de 2011, y con 5, también sobre una cámara de 130 integrantes, en las elecciones de 2016. Es más, en las recientes elecciones legislativas extraordinarias de enero de 2020, el APRA ha obtenido poco más de 400.000 votos, equivalentes a un 2.7% y, por ende, insuficiente para superar el umbral electoral (5%) que permite la participación en el reparto de escaños.

5. Sendero Luminoso: Abimael Guzmán, Augusta La Torre y Elena Iparraguirre

Abimael Guzmán nace en 1934, en Arequipa, y cursa Derecho y Filosofía en la Universidad Nacional de San Agustín, en donde, desde sus inicios como estudiante, resulta patente su admiración por José Carlos Mariátegui y sus famosos *Siete Ensayos* referidos previamente. Llega a en 1962 a la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) en Ayacucho, y rápidamente destaca como referente del comité regional del PCP-BR, aunque también como líder universitario, gracias al amparo de Efraín Morote Best. Éste, reconocido antropólogo peruano de impronta marxista pone a Guzmán al frente del departamento de contrataciones de la universidad; algo, nada baladí para entender la dimensión educativa, tan presente en Sendero Luminoso (Gorriti, 1999).

El contexto en el que llega Guzmán a Ayacucho es de muy elevada agitación, marcado por las movilizaciones estudiantiles, las disputas en torno al derecho a la educación y la reapertura de la universidad, además de por la confrontación con el gobierno militar. Así, Morote Best contribuye a la politización de la universidad, con el apoyo del Frente Estudiantil Revolucionario, lo cual torna de rojo monocolor el pensamiento político de la UNSCH. Rápidamente, la convicción ideológica maoísta se expande por Ayacucho y, precisamente, su punta de lanza es la universidad, junto a otras instituciones educativas y organizaciones, aún hoy vigentes, como el Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho (Jara, 2017), y de lo que ha dado buena cuenta el trabajo de Degregori (1990, 2011) o La Serna (2012).

Esto, inserto es un escenario de creciente polaridad social y de altísima politización educativa, es aprovechado por la conocida como Facción Roja, liderada por Abimael Guzmán, para empezar las primeras evocaciones de una violencia fuertemente ideologizada, pero constreñida a luchas de cariz estrictamente educativas (Sánchez, 2015). Sin embargo, desde este momento no se pierde el horizonte que justifica la lucha revolucionaria y que Ayacucho visibiliza a la perfección: la dominación feudal y la marcada impronta imperialista. Un punto de inflexión en cómo se interpreta Ayacucho como germen de la revolución al que aspira el maoísmo de Guzmán no se entiende sin los dos viajes que éste realiza a China, en 1965 y en 1967 (Biglione, 2008; Urrego, 2017).

En apenas unos meses se impregnará de la necesidad de emular la revolución china y, como reconoce el mismo dirigente senderista, de aquellos días quedarán en la retina lecturas sobre el sistema internacional, la necesidad de crear un partido revolucionario, la integración de legalidad y clandestinidad o la combinación de todas las formas de lucha. Lo mismo, con el alcance que debía suponer la guerra popular, la logística de la violencia, la importancia de la revolución cultural y la lucha contra el burocratismo. De este modo, Guzmán reconocería lo siguiente:

“Pasados treinta años, qué decir: solamente, al proletariado y el pueblo chinos, al Partido Comunista de China y, principalmente, al Presidente Mao Tsetung, al

maoísmo debo tanto que es, como otras pocas, una deuda invalorable imposible de saldar. Sirva en algo lo que hice después” (Guzmán, 2015: 85).

A la vuelta del segundo viaje de Guzmán, Ayacucho ya no será lo mismo. La convicción de acelerar el curso histórico de la revolución pasa por la convicción de que ese lugar olvidado en la historia y el mapa de Perú, debe ser el inicio de todo. Y es que, para Abimael Guzmán, Ayacucho es la máxima expresión del maltrato al indígena, del pauperismo dirigido del Estado y de la dominación del mismo, lo cual no hace sino justificar la emulación de la experiencia revolucionaria china.

Esto, porque si la China prerrevolucionaria de los años cuarenta respondía a una estructura semifeudal y servil en favor de terratenientes, poco le tenía que envidiar Perú. Se pone de manifiesto, así, un silogismo que conectaba a la perfección con lo expuesto por una de las aparentes guías del pensamiento senderista: José Carlos Mariátegui. Sin embargo, esta afirmación, en realidad, habría que relativizarla, pues bajo los gobiernos militares y antes, por el mismo Belaúnde, se habían puesto en marcha hasta tres reformas agrarias (Bonilla, 2018) que habían mejorado notablemente la calidad de vida de los campesinos. Algo que, en cualquier caso, para Abimael Guzmán resultaba obviado, por tratarse de un intento por cercenar cualquier atisbo de vía insurreccional. Es más, a tal efecto, para Guzmán era más que claro que la violencia era el único instrumento, como reconoce Degregori (1990: 23) “para que Indio comenza(ra) a dejar de ser sinónimo de siervo”.

Tres son los liderazgos más notorios de Sendero Luminoso: Abimael Guzmán, Augusta La Torre y Elena Iparraguirre. Tres liderazgos de los que, si de algo queda constancia, es de la continua evocación al recurso de la violencia. El más conocido de estos es, a saber, Abimael Guzmán, también conocido como el “Camarada Gonzalo”, y después, rebautizado como el “Presidente Gonzalo”. Desde Bandera Roja, Guzmán fue el líder indiscutible de su ya mencionada facción roja, si bien, ya en la década de los setenta, se consolida como referente guía del pensamiento revolucionario y la lucha armada en Perú.

Abimael es principio y fin de Sendero Luminoso y, paulatinamente, va a ir labrando su imagen como líder mesiánico del partido (Benavides y Daly, 1989). Entre 1970 y 1983, elabora el fundamento ideológico desde la base de integrar el marxismo-leninismo-Pensamiento Mao Tse Tung. Sin embargo, la contribución proveniente de Pekín terminará siendo elevada a teoría primaria, esto es, a la altura de Marx y Lenin, en 1983. Desde este momento, marxismo-leninismo-maoísmo-Pensamiento Gonzalo convierten a Guzmán en la auto-comprensión de servir como cuarta espada del comunismo (Gorriti, 1999; Rocagliolo, 2007). Una circunstancia ésta que supone la superación del pensamiento de Mariátegui –que es más aparente que real para Sendero– y asimila la contribución teórica de Guzmán a la de Mao, tal y como, enfáticamente, se reivindica desde 1988. Año en que el liderazgo de Guzmán es espoleado internamente frente a lecturas revisionistas que habían surgido en ese tiempo, y que igualmente coinciden con la muerte, en circunstancias aún

hoy no resueltas, de la pareja de Guzmán y en ese momento número dos de la estructura: Augusta La Torre, “Camarada Norah”.

La Torre desde el inicio va a ser protagonista de la creación de Sendero Luminoso. Sabía quechua, conocía a la perfección la cosmovisión ayacuchana y fue quien acuñó y popularizó la idea de “Pensamiento Gonzalo”, que elevaba a la categoría de Mao al propio Abimael Guzmán. Algo que el propio Guzmán (2009: 348) reconoce cuando señala que La Torre fue quien hizo valer las nociones de “pensamiento guía (y), después, aprender del Presidente Gonzalo y muchas más”.

Tal fue el liderazgo de “Norah”, que cuando a mediados de los setenta le detectan a Guzmán un exceso de glóbulos rojos en sangre que le impedía vivir en la altitud andina, es precisamente ella quien asume la labor de trabajar con los cuadros y comités regionales, sobre todo, en Huamanga, Cangallo, Chuschi, Vilcashuamán o en los márgenes del río Pampa (Rocagliolo, 2007). Incluso, algunos como Jara (2017: 141) llegarán a admitir que “sin ella, Guzmán habría sido solo un teórico”.

El tercer liderazgo de Sendero Luminoso sería el de Elena Iparraguirre, “Camarada Miriam”, quien será número tres de Sendero Luminoso hasta la muerte de “Norah”, momento en el que escala al segundo puesto de la comandancia, además, contrayendo segundas nupcias con Abimael Guzmán. Si bien de Guzmán existe una prolífica literatura, de cuño propio, en donde reflexiona y teoriza sobre la estructura, el partido o la lucha armada (Guzmán, 2009; 2015), sobre Iparraguirre, lo más destacable es un trabajo de Zapata (2017) organizado en torno a conversaciones en la cárcel de Chorrillos y desde las que reconstruye la visión de la lucha senderista de “Miriam” a partir de una veintena de encuentros.

Precisamente, es ella, más que Guzmán, la que evoca con mayor nitidez la necesidad de violencia en la lucha armada. A modo de casi martirologio, “Miriam” define el Estado como: “el dominio político de una clase privilegiada sobre las clases sociales explotadas. ¿Cómo se invierte ese orden injusto? Hay una sola vía: a través de la violencia que libera a los oprimidos, liberando a los tiranos” (Zapata, 2017: 114).

Existen reminiscencias en la formación ideológica de Iparraguirre a dos textos básicos de Lenin desde los que comprender el modo en que se debía construir el partido revolucionario desde la imbricación de todas las formas de lucha. Primero, *Un paso adelante y dos atrás*, en el que Lenin, en 1904, establece las bases organizativas del partido bolchevique. De él, a Sendero llegará la idea de que el partido es la más alta expresión revolucionaria, cohesionado por la unidad de voluntad, acción y disciplina: el partido es la forma más elevada de organización de clase. Esto implica entender que el partido debe conectar vigorosamente con las grandes masas y ha de ser organizado desde el centralismo, con estatutos únicos, y un solo órgano de dirección en el Congreso del Partido, el cual se estructura en intervalos, de congreso a congreso, por parte del Comité Central del Partido.

En otras palabras, se interioriza la comprensión leninista de la teoría del partido como organización dirigente del proletariado y como un

arma fundamental en manos de aquél sin la que es posible triunfar en la lucha por la dictadura proletaria. Un segundo texto de cabecera en la teoría senderista, especialmente, desde la lectura y aplicación que realiza “Miriam” sobre el trinomio partido/revolución/violencia, proviene de ¿Qué hacer? (1902). Un ensayo en el que Lenin aborda el cometido del partido revolucionario si bien, a diferencia del texto anterior, enfatizando en que la revolución es parte de una estrategia de trabajo largo y paciente de organización y, por ende, no de agitaciones puntualmente violentas y de exaltación de masas –más propias de la Rusia prerrevolucionaria, como aconteciera con Tierra y Libertad (Земля и Воля).

En el fondo, con la lucha armada desde el partido no se trataba de buscar mejorar las condiciones del campo peruano, abandonado a su suerte durante décadas. Todo lo contrario, se trataba de vengar y hacer sufrir a los responsables de esta situación. Algo que quedaría bien sintetizado en las palabras de “Miriam”:

“A la gente no la captábamos porque empleábamos la violencia, eso más bien la espantaba. Por el contrario, la juventud nos seguía porque ofrecíamos la posibilidad de acabar con el causante del sufrimiento. Con nuestra lucha se terminó el tabú que impide luchar contra quien tiene poder. También ofrecíamos una imagen del porvenir comunista de la humanidad. Una sociedad donde desaparecerán las contradicciones de clase. Empezará un desarrollo económico y social imparable, satisfaciendo las necesidades materiales de las mayorías” (Zapata, 2017: 60).

Por lo expuesto, hay quien pudiera pensar que Sendero Luminoso abrazaba una suerte de vanguardia feminista a tenor del poder de la mujer en la estructura armada. La verdad es que la mujer tuvo un papel protagónico, no solo porque hubiese dos mujeres en el Comité Permanente, sino porque en el Comité Central había mujeres de la influencia de Margi Calvo, Angélica Salas, Victoria Trujillo, Margot Liendo, María Pantoja, Laura Zambrano, Elvira Zanabria, Sybila Arredondo o Yovaka Pardave. Empero, la asignación de roles siempre respondió a dinámicas patriarcales (Degregori, 2016) y el feminismo nunca fue bien acogido por Sendero Luminoso. Como sugería “Norah”, Sendero era una milicia de mujeres cuya única lucha era y debía ser contra el imperialismo y el feudalismo que tenía lugar en Perú. Algo igualmente complementado por Guzmán cuando señalaba cómo el Movimiento Femenino Popular había sido uno de los organismos generados más importantes para Sendero:

“[...] desarrollar el trabajo femenino del Partido fue una gran orientación estratégica del Partido; y el empeñoso esfuerzo y energías que su plasmación demandaba, redundó en resultados inmensamente mayores que las más altas expectativas imaginadas, lo prueba su grandioso aporte a la guerra popular” (Guzmán, 2015: 387).

Lo anterior, por último, se relaciona con un concepto clave en Sendero Luminoso y que no se puede pasar por alto: la cuota de sangre. Todo, de un modo u otro, venía también propiciado por una “cuota de sangre”, pues para Sendero la clave era convertir la guerra en la preocupación más importante de la sociedad peruana,

necesitando incrementar radicalmente la violencia. Esto, bajo una suerte de *tanatofilia* en la que adaptar medios máximos para fines máximos. Esto es, haciendo valer las posiciones maoístas de “la omnipotencia de la guerra revolucionaria” y la necesidad de “oponer la guerra a la guerra”, lo que en la retórica maoísta se conocería con la expresión generalizada de “llevar la vida en la punta de los dedos” (Degregori, 2011).

De este modo, la “cuota” era el sacrificio necesario para Guzmán:

“Sobre la cuota: el sello de compromiso con nuestra revolución, con la Revolución Mundial, con esa sangre del pueblo que corre en nuestro país (...) La cuota es una parte pequeña de la revolución peruana y de la Revolución Mundial (...) la mayor parte (de muertes) son causados por la reacción y la menor parte por nosotros. Ellos forman lagunas, nosotros empapamos solo pañuelos” (Gorriti, 1999: 168).

Lapidariamente, la “cuota de sangre” quedaba evocada en varias canciones, como la recogida por un senderista anónimo que compuso en el VAH:

“En la salida de Aucayacu/ hay un cadáver, de quién será/ seguramente de un campesino/ que dio su vida por la lucha [...] / Ahora la cuota hay que dar/ si nuestra sangre tenemos que dar/ por la revolución, que bueno será”.

Y es que, como diría Guzmán, a partir de 1989: “el triunfo de la revolución costará un millón de muertos”.

6. Conclusiones

En conclusión, Haya de la Torre representa uno de los discursos ideológicos y revolucionarios más importantes de la historia política peruana y latinoamericana del siglo XX. Es especialmente interesante el debate que sostiene con José Carlos Mariátegui, que como se mostró en estas páginas, plantea disputas en torno a la táctica y la estrategia revolucionaria y, sobre todo, alrededor del binomio nacionalismo/marxismo. Sin embargo, ambos constructos teóricos, que enarbolaron el sueño de la revolución social, quedaron muy lejos de cualquier atisbo de aplicación pragmática. En el primero de los casos, porque con el tiempo, el APRA adoptó una lógica instrumental, primero con el mismo Haya, y después, mucho más acentuada, con García –quien se alejó por completo del sentido revolucionario–. En el segundo de los casos, porque el pensamiento de Mariátegui queda desdibujado y relegado a un plano marginal en la reinterpretación y la adaptación que en los años sesenta se desarrolla desde el maoísmo peruano, institucionalizado, a partir de 1969, en torno a Sendero Luminoso y, fundamentalmente, respecto de la figura de Abimael Guzmán.

En la actualidad, ninguna de las dos posiciones –la de Haya y la de Mariátegui– tiene trascendencia más allá del debate académico e intelectual. Es cierto que los *Siete ensayos* de Mariátegui han sido acopio de miradas y debates teóricos que han permitido en los últimos años recuperar la figura del intelectual peruano, desligándola, con justicia, de la tergiversación a la que le somete el ideario de Sendero Luminoso, y poniéndola en el lugar de reconocimiento y referencia que le corresponde.

En el caso del APRA, la reivindicación de la esencia indoamericana y su reformulación de las tesis leninistas en torno al binomio imperialismo/capitalismo son igualmente relevantes, pero muy alejadas del plano de la realidad. Así, su representación práctica a través del APRA pareciera haber caído en una lógica de paulatina pérdida de relevancia e interés, dejando al partido en el más absoluto ostracismo de la realidad política peruana.

Sea como fuere, Alan García es el mejor ejemplo de la desfiguración y la desideologización, convertida en mero pragmatismo, del pensamiento de Haya de la Torre, y de un modo parecido a lo que Abimael Guzmán propone con la aportación teórico marxista de José Carlos Mariátegui. Así, este artículo, a modo de relación y sucesión de semblanzas no busca sino analizar el sueño de la revolución social que proponían Haya y Mariátegui y distanciarlo, como bien merecen, de lo que finalmente García y Guzmán presentan tras la recuperación de la democracia en Perú. No obstante, ambos lo hacen claramente de una forma bien distinta: uno desde el oportunismo político y el otro desde el recurso del terror y la violencia política.

Referencias

- Astorga, Omar. (2005). "José Carlos Mariátegui: la recuperación de la comunidad en Los siete ensayos de interpretación de la realidad peruana". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 14, 196-203.
- Azcona, José Manuel y Abdiu, Majlinda. (2020). *El sueño de la revolución social. Contracultura, Canción-protesta y Kalashnikov*. Granada: Comares.
- Benavides, Gustavo y Daly, Martin. (1989). *Religion and Political Power*. Albany: State University of New York Press.
- Biglione, Eneas. (2008). "Sendero Luminoso, fragilidad institucional y socialismo del siglo XXI en el Perú". En Lazzari, Gustavo y Ñaupari, Héctor (eds.) *Políticas liberales exitosas. Soluciones para superar la pobreza* (13-34). México D.F.: Fundación Friedrich Naumann.
- Bonilla, Heraclio. (2018). "Un estudio de caso: la cuestión agraria en el Perú después de la reforma agraria". En Carrillo, Germán y Cuño, Justo (eds.). *Historia agraria y políticas agrarias en España y América Latina desde el siglo XIX y hasta nuestros días*. (239-248). Madrid: Ministerio de Agricultura y Pesca, Alimentación y Medio Ambiente.
- Cándela, Emilio. (2008). "Entre la radicalidad y la ambigüedad: apuntes sobre el discurso antiaprista en los años treinta". *Summa Humanitatis*, 2(1), 1-23.
- Carrillo, Germán y Cuño, Justo. (2018). *Historia agraria y políticas agrarias en España y América Latina desde el siglo XIX y hasta nuestros días*. Madrid: Ministerio de Agricultura y Pesca, Alimentación y Medio Ambiente.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación. (2003). *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en el Perú*. Lima: CVR.
- Degregori, Carlos Iván. (1990). *El surgimiento de Sendero Luminoso en Ayacucho, 1969-1979*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Degregori, Carlos Iván. (2011). *Qué difícil es ser Dios: el Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Degregori, Carlos Iván. (2016). *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Gorriti, Gustavo. (1999). *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*. Lima: Planeta.
- Guzmán, Abimael e Iparraguirre, Elena. (2015). *Memorias desde Némesis*. México D.F.: Servicios Gráficos.
- Guzmán, Abimael. (1989). *De puño y letra*, Lima: Mano Alzada.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. ([1928]1989). *El antimperialismo y el Apra y el izquierdismo aprista*. Lima: CONCYTEC.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. (1931). *Teoría y Táctica del Aprismo*. Lima: La cultura peruana
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. (1977). *Obras completas. Tomo I*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.
- Jara, Umberto. (2017). *Abimael. El sendero del terror*. Lima: Planeta.
- La Serna, Miguel. (2012). *The Corner of the Living: Ayacucho on the Eve of the Shining Path Insurgency*. Chapel Hill: University of North Caroline Press.
- Lenin, Vladimir I. ([1902]2016). *¿Qué hacer?* Madrid, Alianza.
- Lenin, Vladimir I. ([1917]2012). *El Estado y la revolución*. Madrid: Alianza.
- Letts, Ricardo. (1981). *La izquierda peruana*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Llosa, Gonzalo y Panizza, Ugo. (2015). “La gran depresión de la economía peruana: ¿una tormenta perfecta? *Revista de Estudios Económicos*, 30, 91-117.
- Löwy, Michael. (2007). *El marxismo en América Latina*, Santiago de Chile: LOM Editores.
- Manrique, Nelson. (2002). *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú 1980 -1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú-
- Mariátegui, José Carlos. (1923). *La crisis mundial y el proletariado peruano*. En Marxists.org: https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/primer%20conferencia.htm
- Mariátegui, José Carlos. ([1928]2007). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Mariátegui, José Carlos. (1928). *Aniversario y Balance, 1928*. En Marxists.org: <https://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/sep/aniv.htm>
- Mariátegui, José Carlos. (1932). *El 1º de Mayo y el Frente Único*. En Marxists.org: <https://www.marxists.org/espanol/mariateg/1924/may/01.htm>
- Mariátegui, José Carlos. (2010). *La tarea americana*. (Prólogo de Aníbal Quijano). Buenos Aires: CLACSO.
- Ríos Jerónimo y Sánchez, Martí. (2018). *Breve historia de Sendero Luminoso*. Lima: Revuelta – La Catarata.
- Ríos, Jerónimo. (2018). “Sendero Luminoso: una apología de la violencia”. *Revista de Cultura de Paz*, 2, 277-294.
- Ríos, Jerónimo. (2019). “Narratives about Political Violence and Reconciliation in Peru”. *Latin American Perspectives*, 46(5), 44-58.
- Ríos, Jerónimo. (2020). “Una mirada territorial de la lucha armada: las FARC-EP y Sendero Luminoso”. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 11(1).

- Ríos, Jerónimo y García de las Heras, Mariano. (2019). "Experiencias sobre el terrorismo de estado en Perú". *Revista Universitaria de Historia Militar*, 8(17), 71-96.
- Roca, Carlos. (2010). *Pensamiento de Haya de la Torre. Jornada de pensamiento político Peruano*. Lima: Instituto Internacional para la Democracia y Asistencia Electoral.
- Roncagliolo, Santiago. (2007). *La cuarta espada: la historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso*. Madrid: Debate.
- Schydrowsky, Daniel. (1989). "La debacle peruana: ¿dinámica económica o causas políticas?", *Apuntes*, 25, 3-25.
- Tanaka, Martín. (2008). "Del voluntarismo exacerbado al realismo sin ilusiones. El giro del APRA y de Alan García". *Nueva Sociedad*, 217, 172-184.
- Trotsky, León. ([1924]2005). "Lecciones de Octubre". *La teoría de la revolución permanente*. (199-250), Buenos Aires: CEIP.
- Urrego, Miguel. (2017). "Historia del maoísmo en América Latina: entre la lucha armada y servir al pueblo". *Anuario colombiano de Historia social y de la cultura*, 44(2), 111-135.
- Zapata, Antonio. (2017). *La guerra senderista. Hablan los enemigos*. Lima: Taurus.

Notas

1. Las semblanzas de José Carlos Mariátegui y Alan García fueron originalmente trabajadas por el autor para el libro colectivo que en 2020 han coordinado José Manuel Azcona y Majlinda Abdiu con el título: El sueño de la revolución social. Contracultura, Canción-protesta y Kalashnikov. De la aportación a este trabajo de la profesora Cristina del Prado -coautora del capítulo- se han utilizado dos citas de Haya de la Torre (1928) y una de Roca (2010). Las semblanzas de Sendero Luminoso, de una manera mucho más amplia, se pueden encontrar en Ríos, Jerónimo. (2018). "Sendero Luminoso: una apología de la violencia". *Revista de Cultura de Paz*, 2, 277-294.
3. De acuerdo con Letts (1981), el PCP se fractura en 1964, entre PCP-Unidad (prorruso) y PCP-Bandera Roja (prochino). Entre otras tantas que acontecen, en 1969 está PCP-Patria Roja y en 1970, PCP-Sendero Luminoso.
4. Siendo director de esta universidad, a partir de 1920, invita en varias ocasiones a su coetáneo José Carlos Mariátegui a que hable de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial.
5. Al albor de las revueltas estudiantiles en México, en 1924, es que funda la Alianza Popular Revolucionaria Americana cuya expresión partidista será el Partido Aprista Peruano desde 1930.
6. Esta evolución cada vez más conciliadora se encuentra muy presente, igualmente, en los debates y discursos del marco constituyente de finales de los setenta.
7. Esta revista la crea el propio Mariátegui en 1926. Se trata de una revista cultural de vanguardia y renovación en oposición al arielismo de José Enrique Rodó. Se publicaron un total de 32 números y en ella publicaron figuras como el propio Unamuno, Borges o Marinetti, aparte de contar con la colaboración de un Haya de la Torre, entonces en el exilio.
8. Esta revista surge en 1920, en Lima, de la mano de Andrés Avelino Aramburú. En ella, de forma permanente, colaborará Mariátegui, si bien, igualmente, participan personalidades de relevancia como César Vallejo, Luis Alberto Sánchez o Guillermo Leguía.

9. Véase la entrevista de Nicolas Allen a Michael Löwy: “Mariátegui’s Heroic Socialism”. En Jacobin: <https://www.jacobinmag.com/2018/12/jose-carlos-mariategui-seven-interpretive-essays-peru-marxism-revolutionary-myth>
10. La “matanza de los penales” de 1986, sucede bajo el primer gobierno de Alan García. Fue resultado de un amotinamiento producido entre el 18 y el 19 de junio de 1986. Éste se produjo en las prisiones de El Frontón y de San Juan de Lurigancho, y también en la cárcel de mujeres de Santa Bárbara, acompañándose de la toma como rehenes de funcionarios de prisiones y de tres periodistas. El propósito de este motín no era otro que el de intentar mejorar las condiciones carcelarias, solicitando la desaparición del Instituto Nacional Penitenciario. A su vez, se acompañó de varias acciones armadas de Sendero Luminoso en Lima. Inicialmente, la respuesta de García fue la de intentar negociar pero, dado el fracaso de los diálogos, confirió plenos poderes a la Marina y a la Infantería, y en apenas unas horas retomaron los penales causando la muerte a más de 200 personas. Véase: Ríos y García de las Heras (2019).

Notas de autor

2. Investigador postdoctoral en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, como beneficiario de las Ayudas de Atracción del Talento Investigador que cofinancia la Comunidad de Madrid (2018). Su trabajo de investigación se inscribe en el proyecto 2018-T2/SOC-10508. Sus últimas publicaciones son: “Risk assessment analysis of attacks on FARC ex-combatants: towards a new evaluation model of probability”. *Journal of Policing, Intelligence and Counterterrorism*, 15(1), 2020 (En prensa) y “Narratives about political violence and reconciliation in Peru”. *Latin American Perspectives*, 46(5), 2019, pp. 44-58.